

EL CATOLICISMO.

PERIÓDICO SEMANAL, RELIJIOSO, FILOSOFICO I LITERARIO.

Non enim quod bonum est malè occupamus: et rursum peccati colimus, legitime pugnantibus, atque intralimites nostros, spiritusque reglam nos met eoscentes. S. Greg. Nriem



PARTE OFICIAL.

Libertad de la Iglesia.

«Artículo 3.º-[de la Constitucion.] La República garantiza a todos los granadinos.....

3.º La profesion libre, pública o privada de la religion que a bien tengan, con tal que no turben la paz pública, no ofendan la sana moral ni impidan a los otros el ejercicio de su culto.»

El Ilustrísimo señor Obispo de Pamplona en uso de este derecho garantizado por la lei fundamental de la República, ha espedido la *Pastoral* que a continuacion insertamos llenos de consuelo i satisfaccion al ver con cuanta dignidad, con cuánto celo apostólico el buen Pastor hace oír su voz en medio del rebaño para advertirle en donde están los lobos i evitar a los padres de familia el extravío en que han caído o puedan caer alucinados con los brillos de la social educacion que a costa de su fé reciben los jóvenes de ambos sexos en el Colejio de Piedecuesta rejentado por el señor Victoriano Paredes i su esposa.

El Pastor vijilante debía dar el grito para no traicionar con el silencio sus mas sagrados deberes, i así lo ha hecho, porque, ministro fiel del Evangelio, sabe que no debe temer a los que matan el cuerpo, sino a Aquel que puede echar el alma i el cuerpo a los infiernos, (Mat. X-28): no teme nada en la República, porque, ciudadano ilustrado, sabe que es libre para ejercer pública o privadamente todas las atribuciones de su ministerio, no pudiendo nadie decirle una palabra sin atacar la libertad relijiosa; sin impedirle el ejercicio de su culto.

El Prelado de Pamplona como Doctor i Maestro de la doctrina, no podía mantenerse callado en presencia de las circunstancias, cuando se cuestionaba entre padres de familia i preceptores, entre clérigos i laicos, si las enseñanzas de un colejio eran o no anticatólicas. El Prelado habló i la cuestion está decidida. Los verdaderos católicos le obedecerán: los que no le obedezcan, no lo serán. Libertad tienen para no serlo i libertad tienen para educar a sus hijos en el protestantismo; pero entiendan que la Iglesia también la tiene para arrojarlos de su seno como a gentiles i publicanos (Mat. XXIII-17s)

Pastoral.

Nos, JOSÉ LUIS NIÑO, OBISPO DE LA DIÓCESIS DE SAN PEDRO DE PAMPLONA, POR BENEPLACIDO DE NUESTRO SANTISIMO PADRE PIO IX.

Al Venerable Capitulo, a nuestros Vicarios foráneos, Párrocos i demas Eclesiásticos; i a todos nuestros fieles salud i bendicion en el Señor.

Educat filios in disciplina et correctione Domini.

(Cap. Cath. VI. 4.)

Educad los hijos en disciplina i correccion del Señor.

Angustiada se halla nuestra alma, i sumerjido nuestro corazon en amargo dolor, pues el quebranto nos dobllega al considerar que han llegado los tiempos en que los delirios del *filosofismo* son el alimento que se distribuye al espíritu juvenil, i en que por lo mismo la impiedad, encubriendo sus siniestras miras con los atractivos de la instruccion, se inocula lenta e imperceptiblemente en las venas del cuerpo social, adueñándose de la juventud, con el fin de pervertirla bajo el pretexto de ilustrarla. Contrista nuestro animo tan grave i funestísimo mal, i mui de antemano habriamos elevado la voz contra él, si la falta de salud no nos lo hubiese impedido, mas ahora que por favor del cielo ha empezado nuestro restablecimiento, nos apresuramos a llenar el deber que tenemos a los ojos del Señor, de velar en la conservacion de la fé, respecto de las almas cuya salud eterna se nos ha confiado. Nunca podríamos desatender tan premiosa obligacion, sin hacernos en sumo grado culpables, pues a los ministros del culto se nos ha puesto de centinela en la casa de Israel. (Ezech. III. 17.) i mui terminantemente se nos ha manifestado: Si cuando yo dijere al impio: Tú morirás; no se lo adviertes, i no le hablas para que abandone su conducta perversa, i viva, morirá el impio por su iniquidad, pero yo consideraré su sangre como derramada por tu mano. Mas si amonestares al impio, i él no se separare de la maldad, ciertamente que morirá en ella, pero tú librarste tu alma. (Idem. 18 i 19.) En esta virtud, carisimos hermanos, os excitamos para que, en atencion a que participais solidariamente de nuestra responsabilidad ante el tribunal divino, intereseis toda vuestra solicitud en coadyuvar nuestros esfuerzos, a fin de evitar la propagacion del contagio heterodójico, que tiende a desterrar la Religion i a perturbar la sociedad que principia por separar al hombre de Dios, progresa ateñándose de la virtud i finaliza sepultándose en el vicio. Es preciso, pues, buscar un remedio de eficacia segura, para contrarrestar la deletérea influencia de las malas doctrinas, es indispensable oponer prontamente una fuerte valla al torrente que empieza a desbordarse, i no hai que

F 2020

F 2021

perder los instantes, sin acudir al peligro que amenaza a los fieles, descarriándolos del camino recto. Para estos fines es necesario que los Párrocos desplieguen la mayor actividad i empleen todo celo en amonestar a sus feligreses, ahora que es el tiempo de penitencia, a fin de que por medio de la contrición i de las mortificaciones aplaquen la ira celestial, la cual sin duda en castigo de nuestras culpas permite que el espíritu maligno se ostente con ademán aterrador, amagando anonadar a los verdaderos creyentes con establecer entre nosotros su imperio maléfico.

Amonestar con empeño a los fieles a que dirijan fervientes votos al Dios de las misericordias, para que salve a su pueblo escogido de los antros del averno, i orar vosotros mismos con igual fin: si hermanos míos, tal debéis hacer porque el Párroco para llenar su misión divina no tiene mejor modo que penetrarse del amor de un padre, i mirar a todos sus fieles como hijos de sus entrañas, preservándolos diligentemente de todo daño temporal i eterno. El amor, pues, de un padre para con sus hijos, su vigilancia i esmero, el ser todo para cada uno de ellos, tiene gran similitud con la caridad evangélica, que debe animar siempre el corazón del Sacerdote. Entre nosotros *padre* se le llama, i el nombre le obliga a corresponder con obras lo que este dictado significa. Así también cuando los padres naturales se olvidan de educar cristianamente a sus familias, es preciso que los padres evangélicos nunca pierdan de vista este importante objeto, i suplan con la predicación aquella negligencia, enseñando a todas las clases i a todas las edades, que así nos lo ordenó nuestro Divino Maestro, diciéndonos: *docete omnes gentes*.

Padres i madres católicos! vosotros tenéis el deber de educar a vuestros hijos, o de elegirles maestros que puedan reemplazar dignamente vuestra autoridad para con ellos; este deber se refiere al que se os ha impuesto de velar en vuestra propia conservación, pues que son parte de vosotros mismos, i no os ha concedido Dios tan gran poder sobre ellos, ni tanto amor, sino para que sostengáis su debilidad e impotencia, i les procureis su felicidad temporal i eterna. Vuestros hijos, en efecto, llevan con vosotros, en todo su ser la imagen divina, están dotados de una alma inmortal; i del mismo modo que serían sumamente desnaturalizados aquellos padres que no quisieran alimentar i vestir a sus hijos o que les diesen alimentos nocivos, lo seréis también, i, con mayor razón dejareis de ser dignos del dulce nombre de padres, si por falta vuestra esas almas juveniles, de quienes sois los primeros guardianes, no reciben el alimento sano i sólido de una educación cristiana. Además, según los preceptos evangélicos, los padres deben responder a Dios de las almas de sus hijos; son un depósito sagrado de que tendrán que dar rigurosa cuenta al Juez Seberano, que pesará todas las obligaciones de la paternidad en su balanza fiel. ¿I podrán los padres de familia esperar que se le abran las puertas de la esplendente Ciudad de los escogidos, si uno solo de sus hijos tiene la espantosa desgracia de ser excluido de ella, a causa de no haber sido educado por los que le dieron el ser, o colocado por ellos en la pernicioso escuela? No: pues los padres solo son reyes en la familia, e imágenes de Dios en la tierra, bajo la condición de enseñar o hacer instruir a sus hijos, a fin de ponerlos en disposición de que se hagan dignos de entrar en la inmortal mansión de los justos. Esta es una obligación premiosa, cuya trasgresión forma un crimen contra la naturaleza, i es la violación de cuanto hai mas sagrado en la conciencia. ¡Oh! si palpitasen todavía nues-

tros corazones al impulso de la enérgica fé de nuestros mayores, nos llenaríamos de indignación a vista de la cruel indiferencia con que muchos padres, que se dicen cristianos, i que por lo mismo debieran conocer el precio de las almas de sus renuevos, los dejan con todo en la mas completa ignorancia, o los colocan en lugares en donde se les infunde el veneno de perniciosas doctrinas; padres que embebidos en sus negocios mundanos, se ocupan cuando mas de asegurar el porvenir de sus hijos en la vida presente, manifestando el abandono mas culpable por todo lo que se refiere al tesoro de su inocencia, a la pureza de su fé, al interes primordial de su salud eterna; madres desapiadadas que se descargan de toda solicitud para enseñar, en domésticos generalmente destituidos de toda garantía moral, confiando así a manos mercenarias lo mas precioso que les ha dado el Cielo.

Si la naturaleza i la Religión no son bastante poderosas para hacer alguna impresión en sus corazones, podrían moverse con el ejemplo que les dan los seres que obran solo por el instinto, pues en todas partes verían la ternura maternal, de esos seres privados de razón, que se consagran plenamente a la familia, aventurándose a toda suerte de peligros, esponiendo su vida misma por nutrirlos i educarlos; i entre millares de casos debían contemplar el águila que se lanza desde las alturas del firmamento, viniendo a colocarse al lado de sus hijuelos, para excitarlos a tomar el vuelo con ella, dirigiéndolos en su primer remonte.

Oh! cuánto debiera confundir i avergonzar este ejemplo a tantas madres, cuya apatía es tan grande en la edad en que son tan inocentes sus hijos i su alma es tan susceptible de impresiones, nada hacen para conservar su inocencia, ni para enoblecen sus sentimientos, sino que bien al contrario permiten hacerlo i decirlo todo delante de ellos, como si fueran incapaces de recibir daño; i como si para conservar estas almas en toda su virjinal belleza, no fuese preciso desplegar constantemente toda la vigilancia i esmero de un amor animado por la fé...! ¡Cuánto, este ejemplo debiera también confundir i avergonzar a esos padres, que abandonan sus niños ya adultos, en medio de un siglo que brinda tantos alicientes para el mal, dejándolos a su voluntad propia, sin ejercer actividad alguna para apartarlos de compañeros libertinos e irreligiosos, hoy día tan comunes; o bien se descargarán de toda responsabilidad confiándolos a maestros indignos de su profesión, quienes por el ejemplo de una conducta destituida de prácticas religiosas, i por la enseñanza de doctrinas hostiles al Catolicismo, les arrebatan para siempre el aroma de su pureza, la savia de su fé, la seguridad de su bienaventuranza! ¿I a quién sino a sí mismos, deberán dirigir sus quejas, cuando vean regresar al hogar doméstico, jóvenes hinchados de orgullo, llenos de vanidad i de mil vicios mas, que rechazan impacientes toda sumisión; que no tienen otros deseos que los del bien estar material, i que se abandonan por lo mismo a toda la impetuosidad de pasiones devoradoras? ¡Cuán inmensa responsabilidad acumulan sobre sí esos padres demasiado indiferentes, que permanecen sordos a los gritos de la naturaleza i a la voz de la conciencia! ¿Qué responderán al recto Juez cuando les haga palpar, al resplandor de su justicia eterna, que esas almas que se habia complacido adornar con los mas preciosos dones, por haber recibido un solo jermen de impiedad, han conocido el crimen i se han deleitado en los secretos de la disolución? ¡Ojalá que alguna vez se comprendiese bien cuánta dureza de corazón, cuán profunda perversidad, cuánta degradación se encuentra en el joven que aunque nacido

cris-
tiano, no teme a Dios, se burla de los remordimientos, convierte en irrisiones sacrilegas las santas exhortaciones del Sacerdote, relativas a las penas i tormentos eternos...! ¡Ah! cuán numerosos son en el mundo esos astros eclipsados desde el primer albor! Esos ánjeles que arrastran por el fango del vicio sus alas que empezaban apenas a desplegar...! Esos jóvenes envejecidos en el mal...!

Todos los filósofos han creído que el jermen que entraña la felicidad o la ruina de las generaciones futuras es la educación de la juventud, i la que por lo mismo de ella depende inevitablemente el decaimiento o la prosperidad de los Estados; i así para consolidarlos es preciso darles por cimiento i especial apoyo una educación moral i religiosa: este punto no puede mirarse con indiferencia, porque interesa vivamente a la tranquilidad de las familias, i a la conservación de la sociedad; importa, pues, sobremanera fijar sobre él la atención de los padres i la vigilancia de los maestros; i es por este motivo que los trataremos, considerando la materia bajo dos aspectos: mirando la educación como la fuente esencial de felicidad para las sociedades; i haciendo notar que, para que produzca este resultado, debe ser moral i religiosa; por lo mismo es preciso que se confíe a maestros conocidamente católicos. Para desempeñar mejor nuestro objeto nos aprovecharemos de las reflexiones que ha hecho en este particular el venerable Obispo de Hermópolis; siendo, pues, nuestros conceptos, débiles ecos de los pensamientos sólidos que en esta materia se han expuesto por sabios escritores.

Es bien seguro que examinando con espíritu filosófico las causas que engrandecen i elevan los Estados, no se asignarán como cardinales i únicos los adelantos i progresos en el comercio, las ciencias i las artes, pues si bien es cierto que ellos dan esplendor i poderío, estos son efímeros, i aun perniciosos porque traen consigo la ambición, el lujo i la mollicie; elementos corrosivos que minan toda grandeza, causas de infalible destrucción, i cuyos efectos por desgracia son inevitables, pues son siempre consecuencias de la opulencia en bienes materiales: por esto, lo que asegura en las familias la autoridad paternal, el amor filial, la unión de los esposos, la fidelidad de los criados, i todas las virtudes domésticas: lo que afianza las instituciones políticas, el respeto a las leyes, la sumisión a los magistrados, la buena fé, el amor al trabajo, i por último la armonía i la paz; esto es lo que a los ojos de la sensatez, constituye la prosperidad de los Estados. Pero ¿a qué se deberá ese principio creador i conservador del orden i de la justicia, ese espíritu de vida social que es el alma del cuerpo político, i el medio que precave sus funestas enfermedades i espantosos desarreglos? No cabe duda, se debe principalmente a la buena educación de los niños. La naturaleza humana no es un campo que todo lo produce sin cultivo; es una tierra cuyas entrañas es preciso romper con laboriosidad i esfuerzo, si se quiere hacer fértil.

Cierto es que al salir el hombre de las manos de su Criador, trae consigo facultades análogas a su destino futuro, las cuales hacen un ser moral propio para la vida social; pero ¿quién no advierte que es preciso dirigir sabiamente estas disposiciones naturales, perfeccionando unas, reprimiendo otras, para evitar que alguna tome un rumbo peligroso? En efecto, consideremos al hombre i notaremos que si bien ha nacido para el trabajo, el descanso tiene para él muchos encantos: que si su debilidad i sus necesidades le ponen bajo la dependencia de cuanto le rodea, posee también un orgullo secreto que conspira a romper toda subordinación: que si como ser

inteligente ha sido hecho para conocer la verdad, también se entrega con frecuencia al error que le lisonjea. De aquí proviene esa lucha interna entre el bien i el mal, que empieza desde la edad más tierna, i esos combates tan continuos entre las buenas i malas inclinaciones, combates que acaban con la vida. Solo la buena educación puede fortificar las unas i debilitar las otras, asegurando así el triunfo de la virtud sobre las inclinaciones que le son opuestas. Ahora bien; para comprender mejor como están enlazados con la educación de la niñez los destinos de una nación, supongamos que, en alguna de ellas, se confiaran los niños de ambos sexos a manos sabias i puras, dignas de formar su espíritu i corazón: es claro que todos aprenderían a conocer a Dios i a amar su ley, pues siempre se les enseñaría todo lo que es justo, bueno i laudable, i se tomaría igual esmero en infundirles aquellos conocimientos necesarios para aprovecharse de los dones de la naturaleza que deben hacerlos sólidamente virtuosos; i esto se procuraría, no tanto por las lecciones i consejos, como por ejemplos cuya autoridad es siempre más eficaz i persuasiva. ¿No echarían raíces profundas esas semillas de virtud sembradas en unas almas todavía tan nuevas? ¿No veríamos entonces crecer generaciones enteras en medio de hábitos favorables, que las dispondrían a emplear mayor respeto con las autoridades, más probidad en sus relaciones civiles, más amor en sus vínculos de familia, i en general, mayor consagración i fidelidad a todos sus deberes? ¿No habría también la mayor uniformidad de doctrinas, ideas i sentimientos en todas las familias, de manera que no formarían más que una sola? Mas, si al contrario, la educación fuese universalmente viciosa; si la razón se pervirtiese en las escuelas con malas doctrinas i depravados ejemplos; si en ellas se enseñase a estimar lo que debe ser despreciado, i a estimar lo que debe ser venerado; ¿qué trastorno habría entonces en las inclinaciones, en las ideas i en la conducta! Qué desarreglo i confusión en las opiniones, i por consecuencia en las familias i en la sociedad! Qué jermenes de desobediencia i de discordia no fementarían en todas partes! Cuántos elementos se prepararían anticipadamente para el crimen! Muy pocas almas se librarían del contagio universal i el cuerpo político llevaría en sus entrañas una llaga funesta que acarrearía por último su disolución. Quizá podría juzgarse que no hai necesidad de persuadir una verdad que ninguno ignora, i de qué había duda, pues todos propenden por la educación, convencidos, como están de la exactitud de los principios anteriores: pero ¿cuántos son los padres de familia que, arrebatados por un torrente de negocios i de placeres, creen segura su felicidad i la de su patria tan solo porque están contentos con las comodidades que les brinda su ventajosa situación, i así nunca piensan en lo que más les interesa, esto es, en la buena educación de sus hijos! ¡Ojalá los que así proceden, entendieran que las primeras impresiones son las más decisivas: que por el orden regular no deben esperar a recoger con el tiempo sino los frutos que anticipadamente siembran: que así es un deber imperioso preparar lo venidero en lo presente, inculcando oportunamente a la niñez los principios que deben ser siempre la norma de sus actos! ¡Ojalá los maestros entendieran también que si en los colejos solo se aprecia la instrucción científica; si solo se trata de generalizar conocimientos de que es tan fácil abusar, i no se procura que la juventud se impregne de las doctrinas religiosas, que son el más firme apoyo de las virtudes civiles i domésticas, las nuevas generaciones serán más pervertidas que las pasadas, i en lugar de rejuvenecer el país, se coi-